



LIBRO TERCERO

CANTO PRIMERO.

I.

Genios de las riberas,
Invisibles espíritus del bosque,
Que convertís en moscas ó en réptiles
A los indios que vagan por la noche;

Seres que, en las tinieblas,
Gastáis el tiempo en ajustar los broches
De la dormida flor, mientras su ovario
Abre su amor al encendido pólen;

Que elaboráis en ella
El dulce néctar que la abeja sorbe
Y los frescos aromas que, sedientos,
Los labios de los céfiros recogen;

O en la mortal cicuta
Vivís acurrucados, de los hombres
Acechando el secreto de la vida,
Y destiláis la hiel de los dolores.

Y agriáis la crespa yerba
Que ni el carpincho ni la nutria comen,
Y envenenáis al avestruz dormido
Los huevos bajo el ala sin que os note.

II.

Virgenes transparentes
 Que os colgáis en las ramas de los molles,
 Y os columpiáis, con vuestros pies trazando
 Rayas de luz sobre la linfa inmóvil,

Y en esas lacias hebras
 Con que acaricia el sauce al camalote
 Subís y descendéis, llevando al río
 Rayos de luna en haces brilladores;

O hundidas en un lecho de espadañas
 Os reclináis en los desiertos bordes,
 A escuchar el secreto de las olas
 Que transformáis en trémulas canciones;

Pobladores del aire
 Leves y multiformes,
 Hijos de los crepúsculos azules
 Que con las alas embozáis los montes;

Que taladráis el diente
 De la víbora, en donde
 Derramáis los licores ponzoñosos
 Que al infiltrarse, el corazón corroen;

Que en los ojos del tigre
 Encendéis vuestra antorcha, y las visiones
 Preparáis á su luz disparatadas,
 Y las vaciáis en sus extraños moldes;

Que en la blanca osamenta,
 Hacéis brotar los fuegos fatuos dobles,
 Esos que, sobre el haz de los pantanos,
 Ebrios, inquietos é impalpables corren,

Suben, bajan, se arrastran, se persiguen,
 Se agitan y se rompen,
 Y se apagan los unos á los otros
 Sin que el aire los mueva ni los sople;

Almas de los murmullos,
 Espíritus errantes de las flores
 Que, al murmurar, hacéis más perceptible
 El solemne silencio de los orbes;

Invisibles remeros
 Que empujáis blandamente al camalote
 En que navega incorporado el tigre
 Que dormido en la orilla descuidóse;

Engendros de los ríos
 Que recortáis la escama y los arpones
 Del dorado debajo de las islas
 Que en vuestros hombros sostenéis á flote,

Meciéndolas en ellos
 Sin que el río en que nadan se desborde,
 Ni el movimiento imperceptible y blando
 Las húmedas barrancas desmorone;

Seres que, como llamas apagadas,
 Sois de un pasado informe
 La vida actual y eterna, cuyo velo
 La fuerza del espíritu descorre;

Testigos que no mueren
 Que acompañásteis á las tribus nómades,
 Las visteis desprenderse de su tronco
 Y viajar, sumergiéndose en la noche:

Brotad de entre los tiempos y escuchadme.
 Yo os nombraré por vuestros propios nombres;
 En la forma, en la voz y el movimiento
 Mi espíritu sutil os reconoce.

Cabalgando en las horas que pasaron,
Que el tiempo enfrena y en su noche esconde,
Desatad vuestras alas puntiagudas
En legiones aéreas y deformes.

¡Horadadme esa tierra!

¡Sacudidme ese monte!

Como caen los cabellos de un anciano,
Como el cardo desgrana sus plumones,

De la muerta cabeza

En que pensó una raza, acaso logre
Ver desprenderse el pensamiento oculto
Sobre mi frente cuando yo os invoque.

¡Dad un vuelco á ese río!

Salid, desde su légamo á sus bordes,
Con secretos del agua y de la arena,
De los huesos de piedra que se esconden

En el profundo limo

En que tienen las algas sus amores,
Se arrastra el yacaré, duerme la raya,
Y la tortuga sus nidadas pone.

Infundid en ese indio

Que ahora penetra en el callado bosque
Los latidos postreros de una raza
Que á vuestro acento viven y responden;

Latidos de esperanzas imposibles,

Rudo y último acorde

De las arpas malditas que sonaron
Pulsadas por la muerte y los dolores.

.....



**Saltó como mordido por el aire;
Saltó, y en la garganta
Del indio Yamandú clavó sus manos
Que sacudió con fuerza extraordinaria.**

III.

Es TABARÉ. Penetra nuevamente
A su nativo bosque,
Cuyos añosos árboles lo miran
Y á su paso sus troncos interponen.
Y le tienden los brazos descarnados
Con raras contorsiones,
Como fantasmas que en inmóvil danza
Cruzan y se retuercen por el monte.
Y en torno de él se agrupan á mirarlo
Y así que lo conocen,
Después de herirlo con los brazos negros,
Se dispersan en todas direcciones.
Y los duros lagartos al sentirlo
Hacia sus cuevas corren,
Y asoman las cabezas puntiagudas,
Y el largo cuerpo sin calor encogen.
Y las ranas se callan un instante
Mientras pasa, y sus voces,
Como largos quejidos, á su espalda,
Cuando ha pasado, nuevamente se oyen.
Y los nocturnos pájaros lo siguen
En negras procesiones:
El chajá dando saltos por el suelo,
Chirriando esos murciélagos enormes
Que, como manchas de la misma sombra,
La obscuridad recorren,
Persiguiendo los átomos, ó huyendo
Atolondrados de invisible azote.

Detrás de cada tronco acurrucada,
 Parece que se esconde
 Alguna cosa que, al pasar el indio,
 Sigue tras él con movimiento torpe.

Él siente á sus espaldas ese mundo
 Que su alma sobrecoje;
 Mas no se vuelve, y apresura el paso,
 Y sigue, y sigue sin saber adónde.

¿Cuánto anduvo? El indio no lo sabe.
 Era la media noche
 Quizá, cuando, rendido por la fiebre,
 Detúvose entre rudas convulsiones,

Pues la luna, en lo alto de los cielos,
 Los transparentes bordes
 De las nubes plumizas encendía
 Franjeándolas de tenues resplandores.

De las que ante su disco se atraviesan,
 Parecen los girones
 Las siluetas de negros cocodrilos
 Que la infinita soledad recorren;

Palidecen lejanas las estrellas
 Que, desde lo alto, vuelan hácia el Norte;
 La cruz del Sur se inclina esplendorosa
 Con los brazos tocando el horizonte.

Tabaré escucha: En el profundo hueco
 De sus ojos inmóviles
 Introduce sus dedos el delirio
 Que atruena su cabeza con sus voces;

Y ora fugaces, ora persistentes,
 Comenzaron entonces
 A hablar y cobrar vida los espacios,
 La tierra, el aire, el corazón del bosque.

IV.

Y á los pies del charrúa
 La tierra daba gritos.
 Retorcían los árboles sus troncos
 Como animados de un airado espíritu:

— ¡El genio de la tierra
 Ha de morder tus pies, con los colmillos
 De sus víboras negras, que se arrastran
 Silbando como el viento! ¡No eres indio!

— ¡Pasa! ¿Por qué me huellas?
 La sangre brota de tus pies heridos.
 ¿Por qué me manchas? De tu sangre nacen
 Malas serpientes, negros cocodrilos.

— ¡No te detengas; huye!
 Aquí en mi seno no hallarás abrigo:
 Ya para tí la patria es un recuerdo,
 ¿No te sientes llamar? Es el abismo.

Tabaré oyó la voz, cual si brotara
 De las grietas del suelo removido:
 Lejanas muchedumbres
 A sus pies agitaban el vacío;

Crujían las raíces de los árboles,
 Cual si un extraño flúido
 Las retorciera al circular en ellas,
 Dándoles movimientos convulsivos.

.....

Y del añoso ceibo
 Cayó, volteando en animados giros,
 Una hoja seca que miró al charrúa
 Que á su vez la miraba, y ella dijo:

Yo rodaré á tus pies ensangrentados,
 Realidad de mi símbolo;
 El viento me ha arrancado de mi rama,
 A tí te empuja el viento del destino.

Yo vivo con la vida de tu estirpe,
 Con tu fiebre palpito;
 Y mi polvo y el polvo de tus huesos
 Van á formar el légamo del río.

Vamos, charrúa; sígueme, salvaje.
 Nos llama el torbellino.
 Tus lunas han pasado; el sueño negro
 Anda en tus venas derramando frío.

Te vuelca el suelo. ¿No lo sientes? Vente;
 Vente, sigue conmigo;
 ¿No sientes el aliento de otra raza
 Que te sopla del suelo en que has nacido?

Es la raza de vírgenes tan pálidas
 Como la flor del lirio,
 Hermosas cual la luna, cuando se hunde
 Entre las aguas trémulas del río;

Y tienen luz de aurora en la mirada,
 Y sus ojos tranquilos
 Miran con odio al indio de los bosques,
 Y le llaman maldito.

Vamos, charrúa; sígueme, salvaje:
 Mira aquel remolino.
 Vientos de tempestad vienen de lejos
 Aullando como perros fugitivos.

Las sombras que recorren la maleza
 Lanzan agudos gritos;
 Esas llamas sin luz marcan la ruta
 Por donde corren *los que fueron vivos*.

.

Los impasibles ojos del charrúa
 Siguen los vanos giros
 De la hoja en cuyas venas circulaba
 La vida de un espíritu cautivo

Que en pie la sostenía,
 Y la empujaba contra el viento mismo,
 Y la llevó saltando y retorciéndose,
 Siempre mirando y señalando al indio.

V.

Oye entonces al aire de la noche
 Que á su lado respira
 Jadeante y con penosa intermitencia
 Como el hálito de alguien que agoniza:

¿Te ahogas? le gritaba. Es que en tu bosque
 La muerte solo habita;
 Está poblado el aire por las sombras,
 Por las sombras charrúas que te miran.

Vengo empapado en llanto de las tribus
 Que mueren fugitivas;
 Vengo cargado de vapor de sangre
 Que forma sobre el campo una neblina.

¿Sientes los ayes? Es la muerte; corre
 Tras de las madres indias
 Que huyen sin hijos. Ellos no se mueven:
 Tendidos allá están en las colinas.

Son tus hermanos, muertos en su tierra
 Por la raza maldita.

¿Ves esa virgen que en tus sueños anda?
 Está empapada de tu sangre. ¡Mírala!

VI.

El indio está de pie. Todos sus miembros
 Ateridos tiritan;
 Le falta el suelo, y vuelve á recobrarlo
 En actitud violenta y convulsiva;
 La fiebre en su cabeza espeluznada
 Hunde la mano rígida,
 Y en sus ojos atónitos llamean
 Con fosfórica lumbré las pupilas.
 Todo es extraño para él: el viento,
 Los árboles que imitan
 Seres desnudos, negros, que en su torno,
 Se han detenido, y cuyos ojos brillan
 Entre cabellos que hasta el suelo bajan,
 Y lentamente oscilan;
 Brillan marcando el sitio en que se encuentran
 Cabezas que, sin verse, se adivinan.
 Los rumores que pasan, van dejando,
 Por la extensión vacía,
 Como esos remolinos que las barcas
 Hacen surgir del fondo de las linfas,
 Resonancias que brotan en la sombra,
 Tumultos que se agitan,
 Silencios prolongados que de nuevo
 Estallan en confusas vocerías,
 O dan paso á una voz triste y aislada,
 Voz que parece amiga,
 Y dice algo al oído en una lengua
 Inteligible, pero nunca oída.

VII.

Por fin, cual si las vagas sensaciones
 Que el indio aún percibía
 Sufrieran en la nada tenebrosa
 Una inmersión violenta y repentina,
 Tabaré se desploma. Un ruido extraño
 Produce su caída.
 ¿Se queja el suelo? ¿Quién impone al bosque
 Esa actitud de asombro ó de atonía?
 Las notas que pasaban,
 Los rumores que huían,
 Las ramas que, inclinadas por el viento,
 A levantarse nuevamente iban,
 Suspensos han quedado. Es que el charrúa
 Está en la selva antigua
 Del indio Caracé; es que ha caído
 Sobre el sepulcro de su madre extinta.
 La cruz abre los brazos á su lado,
 ¡La cruz de la cautiva!
 Parece que, inclinando la cabeza,
 La cruz al indio en su regazo abriga.
 Qué habló con el salvaje, aquella noche,
 El alma errante que en la cruz palpita
 Es el secreto de la sombra eterna...
 Empieza á amanecer; casi es de día.